

## *Antonio de Cabezón, ilustre y desconocido*

Posiblemente Antonio de Cabezón sea el paisano más ilustre que haya visto la luz por primera vez en nuestra comarca. Su nombre ocupa, quinientos años después de su nacimiento, un recóndito lugar de la memoria de casi cada uno de nosotros, pues en algún momento nuestras vidas se han cruzado de manera más o menos consciente con él. Incluso podríamos afirmar que pertenece al saber general que fue un músico, vecino de Castrillo Matajudíos y que, además, fue ciego. Su obra es de tal magnitud que la pervivencia de su fama se erige como justo monumento al cabo de medio milenio. Constató, empero, con resignación de castellano viejo y cierto dolor de alma, que dicha fama consiste en pocos más datos de los que hasta aquí he mencionado. No es fácil acercarse a la figura de Cabezón debido a la escasez de fuentes directas de la época. Sin embargo, los trabajos de Felipe Pedrell, Higinio Anglés y Macario Santiago Kastner, han revelado un exhaustivo estudio del que resulta un conocimiento parcial de su biografía y, lo más importante, la puesta en conocimiento de sus obras.

Nació en el año 1510 en Castrillo, pues aquí se encontraba la hacienda de su padre. El primer dato importante de su vida lo constituye la prematura pérdida de la visión que se produjo, según no era infrecuente en la época, por algún tipo de infección no tratada adecuadamente. Antonio vivió una vida en la oscuridad aunque, como señala su hijo Hernando en su testamento, Dios le recompensó con una vista maravillosa del ánimo. El camino que conduce de Castrillo (que en la época contaba con medio millar de habitantes) a Castrojeriz debió conocerlo muy bien el pequeño e impedido Antonio, pues seguramente se ejercitara en los órganos que había en la Colegiata y en el de la iglesia de San Juan, de los que se conserva algún resto polvoriento y triste. Todo hace pensar que también tentara los instrumentos de las importantes iglesias de Hinestrosa y Villasandino, así como los de la iglesia de San Esteban de Burgos y de la Catedral, donde recibió el magisterio de los grandes maestros centroeuropeos a través del maestro Gonzalo Martínez de Bizcargui, miembro de su capilla musical. Sin embargo, la destreza al teclado, la base para una posterior maestría, la adquirió Antonio en su casa de Castrillo con su padre y su hermano Juan al clavicordio, el instrumento doméstico por excelencia. Cuando a los diez años marcha a Palencia a estudiar con el importante maestro García de Baeza, organista de la catedral, Antonio ya era algo más que una promesa al teclado. Un niño prodigio diríamos hoy. Y sólo seis años después de llegar a Palencia pasará directamente al servicio de la Casa Real, en la que permanecerá hasta el fin de sus días. El hecho de que, con dieciséis años fuera integrante de la Capilla Real revela un talento increíble. Por este motivo conviene subrayar que fue en su suelo natal donde comenzó la historia no sólo del niño, sino también la formación musical del futuro compositor.

La relación de Antonio con la emperatriz Isabel de Portugal, con Carlos I y Felipe II no se limitó a un contrato de servidumbre que generalmente los monarcas dedican a sus artistas de cámara, sino que existió una verdadera amistad con cada uno de ellos, especialmente con Felipe de cuya educación musical en su etapa de príncipe se encargó el músico ciego de Castrillo. La amplitud de miras de la personalidad de Antonio y su riqueza espiritual y cultural parecen evidentes cuando comparamos su destino con el de el común de ciegos de la época, que parecían destinados, en el mejor de los casos a cantar romances en las villas haciéndose acompañar de una zanfona o lira mendicorum.

Nuestro ciego no sólo despachaba con el emperador sobre los designios del país, sino que contrajo matrimonio con una joven perteneciente a la nobleza abulense.

Sus obligaciones contraídas con la Capilla Real no le permitieron volver por aquí con la frecuencia que él deseaba. Entre los continuos traslados de la corte y residencia reales a lo largo y ancho de la geografía española (Valladolid, Alcalá de Henares, Monzón Aranjuez, Segovia, Madrid... -tratemos de imaginar una persona ciega en las condiciones en que los largos e incómodos viajes se realizaban en la época), y los viajes al extranjero, en los que, codo a codo, compartía mesa y conversación con Carlos I, sólo le restaban períodos vacacionales en los que regresaba al domicilio conyugal establecido en Ávila. En esta ciudad vivió días felices con sus hijos y esposa, Luysa Nuñez, en torno a la parroquia de San Juan, la misma que, por entonces, frecuentaba Teresa de Cepeda y Ahumada, cinco años más joven que Antonio y amiga de Luysa. Es más que probable que el sentido de mística sobriedad que impregna la obra entera de Antonio esté influenciado por esta amistad con Santa Teresa.

Sí que regresó en el mes de junio de 1552 a Castrillo y Castrojeriz, en una visita de la que ha quedado constancia gracias, entre otros documentos que lo certifican, a la donación de la reliquia de Santa Laura que los condes palatinos de Heidelberg le habían regalado como emocionado obsequio tras haber quedado profundamente impresionados por la grandeza de su música y su sentido trascendente. El esfuerzo que realizó Antonio para custodiarla y trasladarla, sólo es explicable si se entiende una fe arraigada con fuerza y un apego y cariño a sus paisanos, pueblo y parroquia. Dicha reliquia se encuentra y se venera aún en la iglesia de San Esteban de Castrillo y, como bien afirma Kastner constituye la prueba más emocionante de la pervivencia Cabezoniana en el pueblo. Poco después pasó a considerarse a Santa Laura, mártir, patrona del pueblo.

En marzo de 1566 falleció Antonio dejando tras de sí una obra que constituye la base de la posterior escuela organística española y que influyó de manera considerable en la escuela alemana, donde nuestro organista ciego dejó una semblanza profunda que abrió los caminos para la configuración del arte organístico por excelencia que estaba por venir una centuria después en las figuras de Buxtehude y Bach.

A sólo tres años del quinto centenario de su nacimiento, sirvan estas líneas como medio para la divulgación de la relación del músico con su tierra. Recomiendo a los interesados una lectura tranquila de Antonio de Cabezón de S. Kastner, traducida del alemán y prologada con erudición por Antonio Baciero y editada en Burgos por Dossoles. Asimismo (¿qué sería del músico sin su obra?) compruebe cada lector el reflejo de la sobria estampa castellana en su obra grabada integralmente por el citado Baciero. En arrebatadas palabras de Kastner que, por otro lado, alcanzan significado más allá de la mera retórica, el misticismo de la contemplación de sus armonías provocan una elevación similar a aquélla de su parroquia de San Esteban, que parece apuntar al cielo.

Enrique García Revilla  
Profesor del I.E.S. Odra-Pisuerga